

u Balamo
alava oct 97

DISCURSO DEL CATEDRÁTICO D. RAFAEL GAMBRA EN LA CUMBRE DE ISUSQUIZA.

14 Septiembre 1997

**Sr. Presidente y miembros de la Junta
Provincial Carlista de Alava,
organizadora del acto.**

Debo expresar ante todo mi satisfacción por encontrarme aquí entre vosotros, verdaderos carlistas de los que no huyen ni traicionan aunque les vaya en ello la vida; dignos hijos de aquellos 37 requetés que en los primeros días de la guerra se inmolaron en esta altura de Isusquiiza junto con su comandante y su capitán evitando así para siempre que el ejército rojo-separatista del Norte diera un paso más hacia Vitoria.

Permitidme que comience evocando ante vosotros una bellísima película de dibujos de Walt Disney –Blancanieves- que todos veríais en vuestra infancia o juventud. Cuando la niña abandonada en el bosque se ve perdida sin saber qué hacer pregunta a los animalillos que por allá andan: ¿Qué hacéis cuando las cosas van mal? Los pájaros silvestres cantan sin cesar. ¡Ah, vosotros cantáis...!

Me recordó esta escena el precioso trabajo que acaba de publicar nuestro amigo –aquí presente- Javier Nagore sobre la historia de los Tercios de Montejurra y Lácar, y que titula *CANTAN SIEMPRE AL AVANZAR*. En efecto, aquellos requetés de hace sesenta años se enfrentaban cantando a cotas tan arriesgadas como las sierras de Pandols y Caballs en el Ebro, sabiendo que muchos de ellos dejarían allí mismo su vida en lo mejor de su juventud.

Aquellos ejemplos sublimes deben servirnos hoy, a nuestra edad, para afrontar, no tanto el peligro de las balas, como la tentación del desánimo o de la cómoda deserción. Porque la historia del Carlismo, vista en su conjunto de más de 150 años, ha sido una historia desventurada, difícil de asumir. Se perdieron las guerras del siglo pasado, no por falta de heroísmo y de sacrificio extremo de aquellos nuestros mayores, sino por los inmensos intereses creados en unas nuevas clases sociales por las desamortizaciones, con sus ramificaciones en el extranjero, siempre adversas por naturaleza al Carlismo. Después, ya en nuestro siglo, don Jaime, hijo y heredero de Carlos VII murió soltero sin sucesión, quedando así el Carlismo previsiblemente huérfano de sus Príncipes legítimos. Aún heredó la Legitimidad el anciano don Alfonso Carlos, hermano que fue de Carlos VII y general en sus ejércitos, pero octogenario y sin hijos, tenía sus días contados. Su breve reinado fue, sin embargo, un momento estelar en la historia del Carlismo: fue él quien dio la orden de movilización al Requeté en 1936, cuyos voluntarios salvaron la situación en las primeras semanas de guerra y contribuyeron en alto grado a la victoria final en 1939.

Posteriormente, sin embargo, la actitud indecisa de Don Javier, abanderado durante largos años del tradicionalismo y su prolongada ausencia de España, malograron las posibilidades de restauración en la postguerra. Y cuando en

un momento brilló la esperanza de que el primogénito de D. Javier -D. Carlos Hugo- tomara las riendas del Carlismo de un modo claro y enérgico, este malaconsejado príncipe, al ver frustradas sus aspiraciones a la sucesión de Franco, se declara “socialista autogestionario” y pretende arrastrar al Carlismo tras de sí. Es decir, se pasa al enemigo con armas y bagajes. Tampoco han faltado voces en el Carlismo actual que quieren ver en él un antecedente del separatismo vasco y acercarse a su escalada de hoy.

Esto es: el Carlismo ha bebido en sus casi 200 años de historia el cáliz de todas las amarguras, hasta sus heces. Sin embargo, nada de esto debe desanimarnos ni debemos interpretarlo como un abandono del Cielo. A los nuestros que lucharon y murieron ya los habrá premiado Dios con la doble corona del heroísmo y del martirio. Pero nosotros no somos un pueblo ni una estirpe que parece dejada de la mano de Dios. Nosotros somos simplemente los depositarios y albaceas de una doctrina y de una fe, únicas capaces de salvar a la Patria y a la Cristiandad. Si por ahora no han triunfado en España será porque ésta no ha merecido su salvación y renacimiento, pero esto no menoscaba la esperanza y el empeño. Este legado incluye en sí una continuidad y una doctrina salvadora.

Una continuidad: si por milagro cualquiera de las grandes figuras de nuestra historia patria volviera a la vida -el Cid, Felipe II, Hernán Cortés...- sólo en el Carlismo reconocerían su fe y sus ideales: todo lo demás les aparecería como extraño u hostil. Una doctrina de salvación que es sencilla: una sociedad basada sobre una confesionalidad católica del Estado, cuya primera ley fundamental sería el Decálogo; un Rey que reina y gobierna de acuerdo con esa Ley suprema, cuyo poder estará limitado por los Fueros y libertades de sus Estados, que debe jurar, y por unas Cortes de representación orgánica (profesiones, ciudades, instituciones) a cuyas quejas o demandas debe responder.

Recordemos aquellas palabras memorables de Carlos VII en su Testamento Político: *“Volveré, os dije en Valcarlos aquel amargo día de mi despedida(...). Si España es sanable, a ella volveré aunque haya muerto. Volveré con mis principios, únicos que pueden devolverle su grandeza; volveré con mi bandera que no rendí jamás y que conservo sin una sola mancha para que podáis tremolarla muy alta...”*.

Así volvió, siquiera parcialmente medio siglo después, en la ocasión trágica de 1936. Así volverá plenamente cuando la hora de España y de la civilización católica haya sonado en el reloj de la Historia. La ejecutoria de la antigua España y la sangre de nuestros héroes y mártires nos garantizan el triunfo final.

Y tampoco olvidéis las palabras del mismo Cristo, nuestro Redentor: *“los que perseveren hasta el final, esos serán salvos”*.

¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA ESPAÑA!
